

LIBROS

«El precursor»: Un monólogo para seguir

Acaso para no pocos lectores, *El precursor*, tercera novela publicada hasta ahora de José María Vaz de Soto (1), signifique una desviación respecto a las dos anteriores: la primera, y sorprendente, *El infierno y la brisa* (2), y la segunda, de mayor eco público y menor complejidad narrativa *Diálogos del anochecer* (3).

Uno de los primeros motivos de este posible despiste es el tema. *Precursor* ¿de qué? El protagonista, Aristides, es más bien un «pos» que un «pre». Es una especie de noventayochista rezagado... Al título actual (sustituto de *Madrid 62: Monólogos para sobrevivir*, que la novela iba a ostentar en un principio) se fue un poco por razones editoriales y el propio autor ha señalado «que conviene entender más bien en un sentido irónico, aunque sin olvidar del todo la ambigüedad que pueda esconderse tras el disfraz de la ironía» (4).

En uso y abuso de esa ambigüedad y de esa ironía también podríamos ver a este Aristides como precursor, como «Bautista», de su hermano el «chino» Héctor, que junto al cura Horacio (otro hermano) aparece escasamente en la narración y siempre como elemento

que se contraponen para mejor delimitar, por vía de la negación, los perfiles del protagonista.

Porque esta es una novela con protagonista, de factura tradicional, lineal y de una sencillez narrativa infrecuente ahora, que la hace de fácil lectura, como las anteriores novelas de Vaz de Soto. Protagonista que llega a autoconsiderarse «un señorito romántico rezagado (¿rezagado o precursor?) que nunca había dado golpe. Los golpes se los habían dado a él; se los había dado la vida uno tras otro. (...) Golpes, no; era más bien una enorme losa que lo iba aplastando a uno lentamente...». Esta losa sería no externa (¿dónde están esos golpes?), sino quizá auto-generada por la ausencia de proyecto, por el «*tedium vitae*» continuo que domina a Aristides: «El aburrimiento es lo que impulsaba al hombre a la acción. Es lo que hace que se mueva continuamente, que continuamente cambie de postura. El temor de los hombres al aburrimiento lo explica casi todo. Mucho más que la ambición o que la envidia. Incluso más que la lucha de clases. El aburrimiento es la gran fuerza motriz, el verdadero motor de la historia, la dialéctica o lo que sea. La gran fuerza motriz, eso es una frase, la pondré en el diario».

La narración, en tercera y primera personas, va entrecruzada de párrafos del diario que lleva el protagonista, moteado de cierta pequeña filosofía existencial y donde en ocasiones manifiesta su nostalgia o necesidad de un Dios sobre el que duda. Su hermano, el marxista, le dirá: «Tú eres un cristiano descarriado y eso es todo. Lo único que te consolaría de haber nacido es saber que no vas a morir por completo, que vas a salvar tu miserable alma individualista y pequeño-burguesa. Tu razón te dice que eso es una fantasía, y entonces ya nada te importa, todo lo demás te parece insignificantes».

Voluntariamente fuera de todo, metido en su



José María Vaz de Soto.

concha, se niega a ver las razones de su hermano, se angustia ante la probabilidad de una paternidad no querida, se exaspera ante los pequeños afanes y vicisitudes de sus compañeros de pensión y recurre al diario como vacuna ante un suicidio en el que piensa más de una vez, pero al que nunca llegará. Este precursor seguirá su rueda egotista hasta un final, que no lo es, entre pequeñas dosis de ginebra, sexo y cines de sesión continua, sin plantearse otra salida. Sus ramalazos barojianos, perceptibles en más de una ocasión, no le llevan a imitar el fin del Andrés Hurtado de *El árbol de la Ciencia*, aquel que «tenía algo de precursor». Aristides seguirá siempre de espectador abúlico, sin cura; tal vez ni siquiera por «una revolución, un terremoto, una catástrofe», tres acontecimientos que veía igual de ajenos a él y ante los que ofrecía de antemano una mera voluntad de «voyeurs».

Aristides, representativo de cierto tipo universitario de los cincuenta, individualista, desorientado, entre compañeros más prepolíticos que apolíticos, no es representativo de su autor, que ha confesado «por lo que se refiere a la ideología explícita de los personajes, suelo exagerar un poco en lo negativo, lo contradictorio, lo incoherente; o lo que yo considero negati-

tivo, contradictorio e incoherente. Dicho de otra manera: tengo simpatía por mis personajes centrales, a los que siento afectiva e intelectualmente próximos, pero no suscribo todo lo que dicen. Esto desearía que quedase muy claro, sobre todo en lo que a esta novela se refiere».

Novela que podría haber sido de tres personajes (los tres hermanos), se ha quedado sólo en uno. Barruntado apenas el hermano sacerdote; usado como frontón de constraite el politizado. La obra es así acaso más expresiva de lo que era el mundo universitario de entonces. Es también representativa casi de un estilo de realismo al uso entonces, y no sólo por lo que en términos de cine llamaríamos un homenaje al Hortelano de *Nuevas amistades* en el episodio del aborto (o intento de)... Es asimismo como una purga y catarsis del propio autor, por lo que tiene de arrojar lastre de pasadas experiencias, de deseo de liquidación de residuos formales y mentales. Así se explicaría el hecho de que parezca una obra más vieja que las dos anteriores en la prometedorra carrera del autor, aunque preocupaciones o manías más recientes del autor nos muestren que está escrita o reescrita posteriormente (por ejemplo, esa inclinación a las consideraciones médicas del ca-

rácter; he contado dieciséis referencias en las doscientas ochenta y siete páginas llenas de la novela). Por este sentido de purga no es tan lógico insertar a esta obra entre las dos anteriores de Vaz de Soto (que ya tiene terminadas dos novelas más, continuación a su manera de *Diálogos del anochecer: Fabián y Sabas*): ¿esta sería la obra de la juventud; las otras, de la infancia y el comienzo de la madurez? Desde luego el prólogo colegial de «El infierno y la brisa» era válido para esta juventud y para otra cualquiera, pero aquel fermento contestatario que latía entre «la asneidad pueril, la burrería ambiente, la sacrosanta estulticia de los reverendos», explica más a Héctor, el hermano politizado, que termina huyendo a Roma para librarse de la cárcel, que al Aristides, a quien no sólo por sus resabios barojianos he llamado noventayochista rezagado y a quien podríamos aplicar la caracterización que dio Tuñón: «muchos de esos intelectuales se encierran aún en el estricto individualismo, su acción es, sobre todo, crítica, y su contenido, esteticista, con lo cual, si bien rompen con la estructura dominante, no se integran en la opuesta» (5)... El destino de este precursor parece fatalmente ser el de no pocos noventayochistas que, como señaló Blanco Aguinaga, «acabaron volviendo, cada uno a su modo, a recogerse en el seno de la sociedad establecida» (6). ■ VICTOR MARQUEZ REVIERGO.

«El espejo que soy me deshabita»

«El espejo que soy me deshabita»

Después de traducir tres de los siete libros publicados por el filósofo rumano de lengua francesa E. M. Cioran, Fernando Savater ha es-

(5) Manuel Tuñón de Lara. «Medio siglo de cultura española (1883-1936)», Tecnos, 1970.

(6) Carlos Blanco Aguinaga. «Juventud del 98», Siglo Veintiuno, 1970.

crito un *Ensayo* que presentó como tesis doctoral en la Universidad de Madrid, y que la Editorial Taurus edita en el número 130 de su colección *Ensayistas* (1).

*Ensayo sobre Cioran* (2) no pretende ser un estudio exhaustivo y sistemático, ni una recopilación de temas e ideas, ni un planteamiento científico sobre las características del pensamiento de Cioran. Desde las primeras páginas, Savater nos advierte que va a dedicarse a explorar el *desengaño*, a tornar en irrisión las certezas del *discurso pedagógico*, a hablar de un «pequeño foco de tinieblas, irreductible y perturbador», que se llama lucidez. O sea, que vamos a enfrentarnos a un reto: mediante el empleo de un instrumento ilusorio, irreal, ficticio por excelencia, la palabra, tendremos que «aprender» el *desapego*, el *desasimiento* de toda verdad adquirida, de toda sabiduría, la *superfluidad* de la escritura y de todo pensamiento que se pueda formular —siendo que su esencia está en lo indecible—.

En este reto al lector, Savater asume el desafío que el pensamiento mismo de Cioran le ha lanzado a él: «Toda palabra es una palabra de más...». Así, al aceptar abiertamente la *convencción del lenguaje*, Savater se sitúa en el punto móvil en que Cioran sitúa el *dinamismo destructor* de su filosofía: la *revelación* de la *inanidad del ser*, de las *razones que pretenden dar un sentido a la vida*; *revelación del azar*, de la *vacío de las causas*. *Revelación que nada tiene que ver con la religión*, sino con «aquello que desvanece los fundamentos más remotos y las causas primeras de todo lo que el verbo del mundo nos había enseñado», y que se presenta como «antídoto con-

(1) El título de esta nota está tomado del endecasílabo de Octavio Paz que cierra como corolario el estudio de Fernando Savater sobre Cioran.

(2) Fernando Savater. «Ensayo sobre Cioran», Taurus Ediciones, S. A. 1974. 167 páginas.